

caja, y con transporte de criatura indisciplinada, antojadiza, hinca el diente á la golosina helvética, dándome las gracias con un mirar risueño, aclarado de alegría.

Mientras ella mordisquea, yo la considero, y quisiera abrir su cabeza, destaparla, registrarla,—para conocer el arcano que oculta, y por el cual me tiene sujeto, con fidelidad de amante que espera y teme y respeta y calla;—el arcano, único atractivo de este espíritu que, de noche, vaga perdido entre las tinieblas del Miedo y del Mal.

III

Amoscada anda mi hermana con lo de Rita: no sé quién se lo habrá soploneado. Es verosímil que me haya espiado en el teatro, á pesar de las precauciones que tomo. Y se me figura que Trini y ella, en sus intimidades, han conferenciado acerca del asunto, con esos campaneos de cabeza y esos enarcamientos de cejas que son la mímica de esta clase de conciliábulos entre mujeres sensatas.

Al fin no pudo vencerse Camila, y cierta mañana irrumpió en mi gabinete-despacho, una hora antes de la de almorzar, el momento que dedico á leer cosas serias, porque tengo la cabeza despejada y el estómago libre. Hubo preámbulos, diplomacia y, por último, estallido.

Yo tenía una querida, y además, un hijo de semejante mujerzuela. Y mi tácito compromiso con Trini, y el mal lugar en que las dejaba, y la honra, y, y, y...

Mientras Camila se explaya, la considero atentamente, sin enojo y sin reto, como se mira correr en estío una fuente parlera. Camila se parece de un modo sorprendente á mi madre: las mismas facciones clásicas de matrona romana, la misma mirada imperiosa, el mismo cuerpo arrogante, donde la seda hace pliegues solemnes, como estudiados, y juegos de luz, al estilo de los ropajes suntuosos que pintaba Madrazo con tanto acierto. Un cariño meramente instintivo ó impulsivo era lo que por mi madre sentía yo, y, realmente, según el espíritu, sólo soy hijo de mi padre, rezagado romántico, soñador, y que, conforme á la moda de su tiempo, fué algo poeta (ahora, por moda también, somos algo intelectuales). Hacia Camila experimento el mismo apego natural que hacia mi madre: pero con un toque de desdén, de convicción de mi superioridad. Ella entiende lo contrario; me tiene en menos; se cree más cuerda, más

práctica, más razonable cien veces que yo, y me protege y vela por mí (que es modo de desdeñar). Ejerce sobre mí un ascendiente material, del cual reniego, y que se funda en mezquinos servicios y auxilios prestados á veces, como cuidados durante enfermedades, advertencias relativas á cuestiones de interés; nada en suma.

De todo cuanto me decía Camila, me hizo eco en el alma únicamente aquel concepto de considerarme padre de Rafaelín. Al estarlo oyendo, sentía ansias de que fuese verdad. Yo no deseaba un hijo, en el sentido estricto de la frase; pero se me ocurrió que sería delicioso tener *ese* hijo; *ese*, no *otro*.

Las gracias y perfecciones del niño se me representaron todas en aquel punto, con tal viveza, que mi corazón se iba hacia él y le besaba paternalmente.

Veía yo, mientras Camila me acusaba del dulce hurto no cometido, la cara oval, morena, igual á la de Rita, pero con el barniz regio de la salud; los ojos santos, puros, sin mancha; el reir gorjeante, la travesura celeste del chi-

quillo, la sal de su media lengua y de sus anteojos, la monería de los bofetones tiranos que me pegaba y de los brazos que me abría al decirle su madre: "¿Ves? Ya te ha traído don Gaspar otro juguete..." Un calor íntimo se me esparcía por el alma al recordar todo esto; y un propósito, una resolución de ser el padre de Rafaelín por mi voluntad, no por azar de la carne, surgía en mí, al mismo tiempo que mi hermana me reprendía severamente suponiendo la paternidad. Era la defensa del instinto de perpetuarse, instinto que ya creía punto menos que abolido en mí; era... ¡ah, no me cabía duda! ¡era la vida, la vida, la vida, la maga, que me llamaba otra vez, y al llamarme me ofrecía una copa de amor! La pobre Rita estaba sentenciada; pero, ¿el niño? Por él podría yo—¿quién sabe?—interesarme en algo sencillo, bueno, natural...

Con ímpetu, derramando efusión, cogí las manos de Camila, y exclamé:

—¡Pues bien; no lo discuto! Sí que es mío ese chico. Ya verás; un sol, una monada. Vas á choschar con él,

Mi hermana retrocedió. No sabré describir cómo se le inmutó la cara; sus clásicas facciones adquirieron el ceño y la contracción adusta de las antiguas Melpómenes. ¡Indignada, es hasta fea Camila! — decidí para mis adentros.

—Supongo que bromeas; pero la broma, hijo, es de pésimo gusto.

—No bromeo.

—Vamos, piensas casarte con la mamá de la criatura.

—No se me ocurre — respondí con sinceridad — entre otras cosas, porque no creo que la queden dos meses de estar en este mundo. Me coges en un momento de espontaneidad, Camila; desarruga ese entrecejo, que te sienta muy mal; ¡si te vieses! El chico es más mío, ¿lo oyes?, que si lo hubiese engendrado materialmente. Lo material es muy despreciable en todo; pero en eso del amor y de la paternidad es en lo que más ruin é insignificante se me figura. ¿No crees tú lo mismo? Si tienes alguna elevación en el sentir...

—Pero... el chico—interrumpió ella vacilando,— ¿es tuyo ó no es tuyo? ¿En qué quedamos, Gaspar? Descíframe el enigma.

—¡Pch! El enigma no te importa—respondí, pensando para mi sayo: “¡Alma, ciérrate!”— Los resultados, querida hermana, van á ser exactamente los mismos que si el chico fuera mío, como entiendes tú que son nuestras las cosas. Y los resultados son lo único que aquí se pleitea.

—¿Pleitear? Te engañas—articuló Camila con aviesa esquividad.—No pleiteo. Allá tú; allá te las compongas. Desde que vivimos reunidos, ¿en qué asunto tuyo me he mezclado?

Yo podría contestarle que en todos absolutamente, porque desde el color de mi colcha hasta la colocación de mis fondos, mi hermana interviene siempre en cuanto me incumbe, indirectamente pero con la tenacidad de un insecto preso en un vaso y que busca salida. Sospecho que hasta abre mis cartas y las curioseas. Sin embargo, opté por encogerme de hombros y convenir. Porque en mis verdade-

ros asuntos—los de mi espíritu—Camila no puede mezclarse, no conociéndolos.

—Corriente: dado que no intervendrás en mis negocios, hija mía, prepárate á la transformación que mi vida va á sufrir. Si Trini quiere que nos casemos, el niño tendrá quien le cuide, quien haga veces de madre... ¿Qué opinas tú? ¿Trini sabrá amar como madre á mi Rafaelín?

Camila parpadeó y constriñó los labios, gesto de las personas demasiado cargadas de razón, que no quieren dar suelta á la palabra para que no muerda. De contener la respiración se puso arremolachada. Al cabo, ajustado ya el antifaz de calma indiferente, exhaló un susurro:

—Qué se yo.. Allá ella y tú... Entérate.

—¿No tienes opinión?—Y mi tono era irónico.

—¿Opinión? ¿No he de tenerla?—saltó, disparando con cerbatana las sílabas, que me azotaron airadas.—Á la primer palabra de semejante delirio, Trini te dirá, y con razón, que ella no está para cuidar chiquillos espúreos,

33717

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RÍYES"
1525 MONTERREY, MÉXICO

y no tiene por qué cargar con el que le encajas. Que santo y bueno tomarse molestias por los hijos propios, pero por los ajenos, memorias. No conoces á Trini, hijo. Pretendientes la sobran que no la impongan condiciones raras y obligaciones fantásticas. ¡Pues dígo!...

—Si Trini me amase — articulé sosegadamente — amaría á la criatura, por cariño á mí. ¿No viene hoy á almorzar? La interrogaré. Tú no la prevengas: déjala seguir su impulso.

Una hora después llegó Trini. Me había vestido prestando suma atención á los pormenores de mi traje. Sentía emoción de cadete, ante la esperanza, no tanto de que Trini me quisiese lo suficiente para acoger en un arranque tierno, de mujer y madre, á Rafaelín,—sino de que, ante su arranque, naciese en mí el verdadero amor. Lo que me hace palpitar viene del interior de mi ser: no puede venir de fuera. Si Trini se revela, si vibra... — calculaba yo — siento que vibraré también; y no será como con Rita, una atracción perversa, pseudo-romántica: será el amor completo, con su rai-

gambre poderosa, que nos adhiere á la tierra; será el hogar, con humareda azul de ilusión —porque el hogar, con sólo el humo del puchero, lo que es yo no me siento capaz de resistirlo!—Y, enajenado, consagré tiempo al lazo de mi corbata, á la clavazón en él de la gruesa perla redonda, á atusar el pelo, á frotar con el pulidor las uñas. Iba tan brillador de ojos y tan amador en mi porte, que Trini, al estrechar mi mano, se arreboló, olfateando sutilmente, como hembra, que algo impensado ocurría. Yo (soy muy desconfiado) había estado en acecho, y salido á encontrarla en la antecámara, temeroso de los manejos de Camila.—Almorzamos, alegres y decidores los novios, mi hermana fruncida, encapotada y pesimista. Según su perro humor, el asado era un carboncillo, las tostadas del te unas virutas, y las quenefas del bolován eran de escayola. Trini se reía enseñando sus encías jugosas y vivaces, su fresca lengüecilla inquieta entre la doble fila de gotas de leche cuajadas de la arqueada dentadura. Me daban tentaciones de caricias atrevidas,—y sentía por Trini escalo-

frio humano, ansia celestial. Cien años que viva (¡no me faltaba sino vivirlos!) no olvidaré el encantador almuerzo, al canto de la chimenea activa y roja, respirando el aroma de las violetas tardías y los claveles blancos tempranos, que adornaban el centro de plata, en honor á Trini—á *ella*; entonces sí que se lo llamaba interiormente... Por debajo de los encajes gruesos del mantel cogí su mano, que no se retiró. Aún estábamos eléctricamente asidos, cuando se levantó con un pretexto cualquiera Camila, y nos dejó solos. Trini, sofocada, hizo un movimiento para seguirla; yo protesté, apretando más la mano de seda y clavándome con deleite en los pulpejos las sortijas del meñique. *Ella* comprendió que llegaba la hora decisiva de aquel noviazgo hasta entonces tan soso y borroso, y sus ojos, avergonzados, buscaron el dibujo de la alfombra.

—¿Trini?—suspiré. — ¿Sabe usted que esta mañana le dije á Camila que nuestra boda es inminente?

—¿Camila? — tartamudeó *ella* agarrándose á lo que podía ayudarla á disimular su confu-

sión. — Dice usted que Camila... ¿Estaría por eso de tan mal talante? — y sonrió á la hipótesis.

— Por eso precisamente, no. Va usted á saber por qué, Trini... — Acerqué mi silla, solté la mano y nos reclinamos, muy próximos, en la mesa. — Escuche y pese la respuesta... — ¡No venga usted hasta que le llame!—ordené al criado que entraba trayendo leña. — Trini, yo trato á una mujer, y esta mujer tiene un niño.

Ella se demudó.

— Ya lo sabía. ¿Para qué me lo dice usted?

— Porque el eje de esta conversación es eso: la mujer, el niño; sobre todo, el niño... ¿se entera usted, amiga mía?

Trini indicó el gesto de desviarse, pálida y turbada.

— ¡Por Dios! No así, Trini; no así. Hay que escuchar, y sobre todo hay que entender. Cuando usted haya entendido, decide. A la mujer la visito diariamente, pero no tengo con ella más relación que visitarla... Como si fuésemos hermanos. ¿No lo cree usted? No tengo

para qué mentir. Es una enferma, una tísica. Si eso puede contribuir á la tranquilidad de usted, no la veré más.

— Pero el pequeño... No es... No es... — murmuró la muchacha, sin resolverse á concluir, y mostrando confusión y acortamiento.

— ¿Mío..? Según como usted comprenda la idea de pertenencia y propiedad. No he besado á su madre nunca. Sin embargo, mío es el niño, porque mío quiero que sea... Fijese usted. Tampoco usted es mía, y por el amor puedo apropiármela. El niño tiene mi sangre espiritual. De manera que es mi hijo.

— Todo eso... lo encuentro rarísimo... Perdóneme usted, Gaspar; me cuesta trabajo entenderlo.

— Malo, malo — discurrí en mi interior. — Corta de entendederas, corta de cara, carirredonda... ¡Malo! ¡Esta no es mi hembra! — Y una melancolía súbita me envolvió en su crespón inglés. No argüí nada; ella porfió:

— No se explica... Trate usted, por lo menos, de que yo acierte á descifrarlo.

— Creo que no podrá usted. Esto se descifra mediante un impulso, una corazonada. No haciéndose cargo de pronto, es ya difícil... ¡En fin! — Y resoplé desalentado: — ¿No hay mil cosas inexplicables? Figúrese usted que la pidiesen explicaciones del por qué quiere un hombre á una mujer; del por qué nos es simpática una persona, y otra insufrible... A mí ese niño me ha dado la grata sorpresa de inspirarme un interés que me... me distrae de otros pensamientos... algo... algo peligrosos; ¿te enteras, Trini? — Y al brusco tuteo, uní la caricia inesperada, un estrujón, un raspón á la mano contra mi bigote. Ella se encendió, su respiración se apresuró, y dijo balbuciente:

— No, Gaspar... No me entero... Pero es lo mismo. ¿Qué pretende usted? ¿Qué desea usted de mí? A ver si hay medio...

— Trini, si nos casamos, el niño se vendrá á casa... Serás su madre. ¿Lo serás?

Un esguince. Los ojos pestañudos, antes terciopelosos como uvas negras, se hincaron en mí, fieros, enojados.

— ¡Ah! Era eso...

—¿No aceptas?

— No... No sabía... Creí que se trataba de otra cosa; de darle educación, de no abandonarle. Eso, bueno... Pero, ¿en casa? ¿Conmigo? ¿Qué se diría? ¿Qué papel haría yo?

Me incorporé. El almuerzo me pesaba como plomo en el estómago, y el calor de la chimenea me asfixiaba. Volví las espaldas, sin saludar, sin despedirme, y á paso lento me retiré á mi cuarto. Trini dijo no sé qué; acaso pronunció con ahinco mi nombre. No hice caso alguno. Ya en mi habitación, tomé sombrero, abrigo, guantes, y me fuí á ver á Rita.

IV

La encontré con una hemorragia. La palan-gana, llena de coágulos, descansaba sobre una silla. Ella, echada en su humilde cama de hierro, apenas respiraba. Me sonrió doloridamente, como al través de un velo. La niñera y única sirvienta, la guipuzcoana Marichu, entretenía á Rafaelín por medio de un carro hecho de dos carretes y unas cañas. Pero el niño, al verme, dejó sus juegos y vino á agarrarse á mis piernas.

—¡Bapar! ¡Aúpa!

Le aupé, le besé los ojos, le apreté firme. Reía á chorros, pegándose manotazos y tirándose de las barbas. Le dejé en el suelo, y anuncié:

—Vuelvo con el médico.

Vivía muy cerca uno, joven, sin clientela aún; estudioso, apurado de recursos, ansiando trabajo y lucimiento. Se echó la capa y me acompañó. Su examen de la paciente fué minucioso, su interrogatorio largo, pero sin fineza psicológica. No veía sino el cuerpo de la enferma. Recetó; la criada corrió á la botica. Yo, con Rafaelín en brazos, me fuí al cuartuco que hacía de comedor, encendí el quinqué de petróleo—no se veía, eran las cinco de la tarde—y reclamé la verdad.

—No sé si pasará de esta noche. Si la hemorragia repite...

Un golpe sordo me retumbó dentro. Iba á encontrarme cara á cara con la Guadañadora.

—¿Querrá usted que me quede aquí?—interrogó el médico, expansivamente.

—Lo agradecería.

—Voy á avisar á mi mujer, para que no se asuste; tomaré un bocado, y aquí me tiene usted antes de una hora. ¿Gracias? No, si es un deber...

Quedé solo. El niño se adormecía sobre mi hombro, bañado en sudor, de tanto diablear. En

la alcoba se oía una inspiración lenta, irregular, cavernosa. Sobre la almohada, la cabellera fosca de Rita se expandía formando aureola de tinieblas. La cara, en medio, blanqueaba. Congojosamente me llamó:

—¡Gaspar! ¡Gaspar!

—¿Está usted mejor?

—Estoy... muy bien. Como si de encima del pecho... me hubiesen quitado un peso... de una arroba.

—No hable. No se fatigue.

—¿Qué dice el médico?

—Que es lo de otras veces. Un ataquillo sin importancia.

Los ojos de mar muerto, de betún calcinado, despidieron vislumbre repentina.

—Es el fin... ¡La de vámonos!... Tengo miedo, Gaspar... Mucho miedo...

—No hay miedo... Estoy aquí... ¿Qué quiere usted que haga, niña, para quitarla ese miedo bobo?

—Si pudiese... ¡Si pudiese usted... traerme un confesor!... Pero un confesor que sea muy bueno... que me perdone... ¡Que sea como...

como Nuestro Señor crucificado!... ¡Así, bueno, para todos... para mí... que no mire á mi iniquidad!...

—¿Va usted á agitarse? ¿A empeorar?... ¡Sosiéguese, haga por dormir. ¡Arrórró!...

—No puedo sosegar-me... No soy mora, no soy judía. ¡He pecado, estoy en pecado mortal... el mayor pecado!... y estoy... en lo último...

—Todos pecan... Tranquilícese...

—No, no, yo soy otra cosa; para mí no hay perdón; yo...

Hizome con la mano señal de acercar mi oído á su boca, y entre un vaho de calentura pronunció:

—¡Yo... estoy... condenada!... ¡Condenada!

—¡Qué disparate! Usted se va al cielo... dentro de muchos años... Bueno, no se aflija, la complaceré... Ahora mismo traigo al sacerdote. Tome primero la poción, recobre fuerzas...

Regresó de la botica Marichu, y al entegarme un frasco envuelto en papel, me secretéo afanosa.

—Un cura se necesita, pues... No ha de ir como los perros, señor... Cristiana es, cura han de llamar...

—Iba á salir á buscarle... Tráete una cuchara de plata.

No la había. Marichu fregó una de vil plomo. Cucharada tras cucharada, administré á Rita la dosis. Pareció reanimarse un poco, y recargó:

—El confesor... ¡Volando!

El médico volvía ya, dispuesto á pasar la noche á mi lado. Olía su boca barbuda á vino barato, á queso de Flandes.

—Mandaré á la chica que le haga á usted una taza de café, doctor... Y que le saquen una botellita de cognac. Hay de todo aquí; yo confiaba en el alcohol y en la cafeína para sostener este organismo. Usted queda en su casa; voy por ahí en demanda de un sacerdote. Desea confesarse... ¿Ve usted peligro? ¿Inconveniente?

—No. Si lo ha pedido ella misma, la servirá de consuelo. No es uno creyente fervoroso, pero hay que respetar mucho estas exigencias...

Salí, tomé un coche y di las señas: las de

un anciano ex párroco, bondadoso y sin tacha, hombre aficionadísimo á libros, y que por satisfacer sus manías de erudición y bibliografía ha renunciado un curato pingüe. Encontré al inofensivo viejo en un cuartucho donde hay pilas de infolios por el suelo y polvo de tres años, y le expuse el caso apremiante. Él me conoce de tertulias de librería y de coincidencia en casas de gente estudiosa, pues yo gusto, temo que con exceso, de estas vanidades. Plegó las arrugas de su cara avellanada y titubeó antes de soltar la pregunta:

—¿Es... parienta de usted esa... señora?

—No. Es amiga. Nada, nada más que amiga: palabra de honor.

Descolgó su manteo en mal uso, se arropó rezongando "corre fresquete" y rodamos hacia la vivienda de Rita. Por el camino enteré de algo al sacerdote...

—Es un alma sin rumbo, sin norte y sin hiel; seguramente ha vivido á la inversa de lo que viviría, si poseyese fuerza de voluntad. Se acusa de maldad tremenda; asegura que para ella no hay perdón.

—Oveja descarriada...—asintió él.—¡Pobrecilla! Más suele ser el yerro que la malicia en esta clase de pecados. Y que no es maligna, se ve en el solo hecho de llamarme. Este rato que ahora tiene que pasar es el que decide la suerte de las personas... Una buena muerte; y lo demás no supone nada. El pensamiento del soneto está íntegro en el último verso.

Se me escapó una frase confidencial:

—Todas las muertes son buenas, porque todas son la conclusión de la vida.

Soltó el viejo una risita inocente.

—¡Jesús! ¡Dios nos dé vida, hasta que se le antoje, el más tiempo posible!... Yo no estoy á mal con la vida. Si tuviese sitio donde colocar tanto librote como se me junta, me consideraría feliz. En otro tiempo, con mis aficiones, estaría yo en grande en un convento, de esos de biblioteca regia y muchas horas para disfrutar, revolviendo los estantes. Hogaño no; en los conventos no hay libertad, no hay frailes privilegiados, á quienes se les deje con su manía del estudio, y las bibliotecas que algo valían, ¡dónde irán ellas! Ayer mismo, en casa de Celso

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

el anticuario, ¿qué dirá usted que encontré? Un libro de profesiones de Santo Domingo el Real: todo lleno de acuarelas y empresas y alegorías de los profesos...

Antes que pudiese pegar la hebra de su tema favorito, estábamos en casa de la enferma. Me adelanté para anunciar:

—¡Rita, criatura, aquí le traigo á un sacerdote amigo mío; ya ve que los caprichos se le cumplen! ¿Quiere usted que entre? Si no quiere... esperará.

La cara, cuya palidez parecía enverdecer un reflejo fosfórico, se removió un poco entre las tinieblas encrespadas de la cabellera suelta, y los labios marchitos, sin color, susurron:

—Que pase, que pase... ¡Jesús... mío, misericordia!— impetró la moribunda, con ardiente ruego.

Entró el anciano, vacilante y torpe, á fuer de erudito miope que se ha dejado en casa los espejuelos. Tuve que guiarle, que indicarle una silla, al lado de la revuelta cama. En el aire flotaban olores farmacéuticos. Así que le

vi instalado, me retiré. La sala estaba contigua al dormitorio. El médico, ante el velador, terminaba su café y su copa.

—No se moleste, siga... Marichu, café para mí también... Muy cargado...

Mientras esperaba la infusión que había de despabilarme para la vela, me senté en el sillón de raído forro. Colocado de espaldas á la puerta de la alcoba, y bastante próximo á ella, el cuchicheo que partía de allí me llegaba en truncados sonidos, como si el diálogo estuviese en verso y los que dialogaban se interrumpiesen y luego acentuasen con trágico énfasis un trozo, un arranque más sentido de la poesía. Acechador involuntario y cobarde, no entendía yo bien las frases, pero alguna palabra era para mí cual son en los antiguos gráficos de ignorado idioma esas letras repetidas y ya descifradas, que permiten interpretar, por relación de lo conocido, lo que se desconoce. Á veces, no oía distintamente un vocablo; lo que me guiaba en mi malvado espionaje de un alma, era el acento con que pronunciaban lo que no oía. La voz del sacerdote, sobre todo,

me daba luz, siniestra luz. Tenía el timbre sordo y ahogado de un grito que se sofoca por terror. Y la penitente, enfervorizada, hablaba con singular energía, con no interrumpido bisbiseo vehemente, como si vaciase el absceso purulento de tanta iniquidad, apretando duro para expulsar todo lo nefando. Me sería imposible decir si entendí nada concreto de la terrible conversación; y, sin embargo... entre modulaciones de voz, interrupciones, preguntas, gemidos, fraseo desgranado,—yo repetía para mí...—“Era eso, era eso...” ¡Sublime horror pagano, tremenda carga en la conciencia católica...!

Sin embargo, la nube de espanto se despejó; se apaciguó el murmullo, convertido en una especie de himno ó plegaria de reconocimiento.

La mano del sacerdote, bendiciendo, se interpuso ante la luz de la alcoba. ¡Rita estaba perdonada...! La pobre alma, transida de espanto, sudando hielo y castañeteando los dientes, se calmaba, se envigorizaba, y, agarrada á un cabito de seda blanca, iba á atravesar valerosa el puente del abismo...

En efecto: cuando el viejo salió del dormitorio, tembloroso, desemblantado,—horripilado de lo poco que se parece la realidad á los libros con polilla, y de cómo las viejas fábulas mitológicas no están sólo en las ediciones de viñetas, sino que se codean con nosotros en las calles,—y me precipité á ver en qué estado se encontraba la enferma, la faz verdiblanca sonreía expresando beatitud. Las pupilas de asfalto se fijaron en mí, invitándome á compartir aquella dicha.

—¿Qué tal? ¿Mejoría, eh? Doctor: acérquese...

—Sí, mejoría—repitió sin convicción él...—La respiración no es tan...—se interrumpió; yo adiviné el término exacto que suprimía, “tan estertorosa”. ¡El estertor...!

—Don Gaspar—murmuró Rita; y comprendí su ruego, y me incliné.

En mi oído, deslizó:

—¿No abandonará al niño...?

—Palabra. No temas—dije, con tuteo fraternal.

—Poco trabajo le dará... Ese niño no puede vivir...

—No digas locuras... ¿Por qué?

—Porque no lo consentirá Dios nuestro Señor... No puede consentirlo... Oiga, don Gaspar... Prométame... Si vive, que entre en un Seminario... en esos colegios para estudiar la carrera de cura... ¡Y mejor, en un convento de frailes...!

—Así se hará, mujer... Descansa... Tu hijo es mi hijo...

Agarró mi mano y pugnó por apretarla fraternalmente, según costumbre; pero estaba tan débil, que no acertó. Yo halagué sus sienes y su melena alborotada, lacia á trechos de sudor, crespada y como erizada á trechos también—extraña melena que parecía apuntada á brochazos por artista genial—y ordené con despotismo, sugestionándola:

—Ahora, cucharadita de poción, y á dormir.

Absorbida la poción calmante, arreglado el emboce de las sábanas, subido el colchón á empujones, recogí la luz y la puse sobre la cómoda de la sala, detrás de un jarroncillo con flores artificiales. El doctor secretaba opacamente con el confesor. Éste se volvió y me previno.

—Avisaré en la parroquia para que mañana venga el Viático.

Aprobé y le acompañé hasta la puerta.

—El coche que nos trajo aguarda... Está pagado... Mil gracias, amigo don Andrés... Á propósito. Tengo para usted un ejemplar raro de la *Aminta*, con grabados en madera... Se lo enviaré en cuanto esta infeliz...

—¡Se acepta con reconocimiento!; pero supongo que no será por recompensarme de molestia alguna, porque, al contrario, mi obligación es la que acabo de cumplir... Por penosa que sea...

Y temblaba aún, ligeramente, arropándose en el manto, susurrando—¡brrru!

Cuando volví á la sala, el médico salía de la alcoba.

—Reposa... Debía usted reposar también un rato. Yo velo.

—Nada de eso. Échese usted en el sofá; estoy de guardia.

Me habían servido el café, y aguardaba, frío ya. Á mí me gusta más frío que caliente: me retrepé en la butaca y empecé á beberlo á sorbos, con placer nervioso, semiespiritual. Tum-

bado en el sofá, el doctor, robusto y lastrado de cognac excelente, había cogido el sueño al vuelo, y dormía con la boca abierta, modulando á ratos un comienzo de ronquido. Me serví café otra vez, más engolosinado que la primera. Una excitación lúcida se apoderó de mí: en excitaciones semejantes las ideas son como ágiles saltatrices; hay una labor cerebral de devanadera, un tropel de representaciones; todo parece inminente, inaplazable, cual si urgiese resolver el negocio de nuestro destino sin un punto de dilación. La tristeza de lo frustrado se hizo trágica en mí. Á las doce de la mañana de aquel mismo día, me alborozaba aún la perspectiva de la humareda azul del hogar. Y no era la humareda lo que yo echaba de menos—todas las humaredas me son indiferentes.— Era mi deseo, mi sueño de la humareda, mi sueño de vida, lo que añoraba. Nada vale nada; sólo vale algo el deseo que sentimos de poseer ó realizar las cosas.

Abiertos los ojos á la penumbra, pensaba en la que va á desaparecer después de sufrir tal

suplicio en su corazón, selva de plantas ponzoñosas. Esa vaga incredulidad que nos asalta ante el no ser, me dominó por un momento. ¿Era posible que Rita, la caprichosa, la vivaz, la que tanto se entusiasmaba y hacía tales extremos en el teatro, la que había padecido los furores de la antigüedad criminal, fuese mañana un poco de materia orgánica en descomposición? ¿Cómo puede suceder algo tan extraordinario en un segundo? ¿Porque se arroja sangre, se cesa de existir? ¿Y qué es esto de dejar de existir? Murió Rita, dirán. Entonces, Rita no es su cuerpo enmagrecido, no es sus cabellos foscos, no es su tez verdosa, no es su cuello de flor medio tronchada. Todo eso ahí estará... y Rita no.—Puse sobre el velador los codos y sobre las palmas derrumbé la cabeza. Mi meditación se convertía en cavilación visionaria. Acaso dormía, acaso deliraba. El alcaloide del café concentrado actuaba sobre mi sistema nervioso, y con malsano goce dejé volar mi fantasía, provista de unas alas membranosas, gris oscuro, de murciélago,—que acababan de brotarle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO